

EL ASESINATO DE GREGORIO ORDOÑEZ: ESCRIBEN POLÍTICOS SOCIALISTAS

MARIO ONAINDÍA. *Frente a ETA*

NO compartía muchas cosas con Gregorio Ordóñez. Nuestras biografías eran demasiado distintas para que pudiera haber coincidencias no ya en el terreno de la política, sino en el de la cultura o en el de las simples manías personales. Estoy tan seguro de ello, que pienso que en el caso de que nuestros papeles se hubieran invertido y ahora fuera él quien, indignado y dolorido ante la pantalla del ordenador, estuviera escribiendo sobre mí, empezaría planteando una reflexión de este tipo, que desde fuera de Euskadi se puede considerar como no muy delicado e incluso impertinente. Pero que si lo digo y si él lo diría, es porque desde nuestro país lo consideramos fundamental.

Sin embargo, había una sola coincidencia que es la esencial en estos tiempos que corren en Euskadi. La oposición radical, visceral, epidérmica e irrimprimible ante la violencia terrorista. Esto hace que ahora sienta su vil asesinato como si hubieran matado a un compañero de toda la vida. Quizá porque eso que compartimos —la lucha contra la estupidez etarra— constituye una de las vivencias más importantes de nuestra vida.

De la misma manera que en el resto del Estado fue posible el consenso constitucional que asentó la convivencia democrática y la superación de las dos Españas por la lucha democrática unitaria contra Franco; así la lucha contra el terrorismo etarra está siendo una dura prueba para los demócratas vascos, pero está sirviendo para asentar una convivencia democrática en la pluralidad, que el anti-

franquismo fue incapaz de generar. Un salto cualitativo. Cuántas veces hemos tenido que decir a lo largo de estos dos años que el último asesinato de ETA representaba un salto cualitativo.

Asesinar, como se ha hecho en la persona de Gregorio Ordóñez, a un representante libremente elegido del pueblo vasco en las elecciones autonómicas de hace tres meses, además de segar la vida de un ser humano, que es lo importante, desde luego, es también un atentado contra todo el pueblo, contra todos y cada uno de los vascos. Es un intento de asesinar la propia democracia.

El atentado de Gregorio Ordó-

Asesinar a un representante libremente elegido del pueblo vasco es un atentado contra todo el pueblo. Es un intento de asesinar la propia democracia

ñez ha coincidido con una nueva masacre indiscriminada en Israel a manos de grupos fundamentalistas. Hasta hace poco se nos decía desde HB y el «Egin» que en Euskadi existía un Yasir Arafat, pero que faltaba un Begin que desde el Estado tuviera capacidad de hablar con el mundo del Movimiento de Liberación Nacional Vasco. El año de autonomía en Palestina pone en evidencia que en la primera época el terrorismo fundamentalista, al igual que en Euskadi, lejos de desaparecer o disminuir, aumenta, porque todos los fundamentalistas del mundo son más crueles con la democracia que con fundamentalismos de dis-

tinto signo. Desde esta perspectiva, queda claro que los vascos ya hemos puesto los pilares de nuestra convivencia en las instituciones democráticas vascas surgidas de la autonomía, y que la negociación entre los Begin españoles y los Arafates vascos ya se produjo. Y si ha seguido la violencia incluso con más fuerza en los primeros años de la autonomía, no fue porque no existió negociación, sino precisamente porque sí la hubo, pero entre los auténticos protagonistas, entre los partidos democráticos. En todo caso, lo que ha faltado durante estos años ha sido la cultura que desarrollara la lealtad no sólo racional, sino apasionada y epidérmica, hacia esas instituciones de autogobierno.

El asesinato de un miembro del Parlamento vasco por parte de los pistoleros de ETA, precisamente por ser miembro de este Parlamento y concejal del Ayuntamiento donostiarra, produce una sangre fértil para hermanarnos más aún a todos los demócratas de Euskadi en torno a las propias instituciones. Instituciones que, lejos de estar reñidas con la pluralidad, están basadas en el más exquisito respeto a la diferencia y al pluralismo, que hace que me sienta hermano de Gregorio Ordóñez, con quien compartía tan pocas cosas fuera del odio al odio y la intolerancia con la intolerancia.

Que la voz de Gregorio no sea callada por el fascismo de ETA es un nuevo motivo de compromiso por la democracia y la paz en Euskadi.

Mario Onaindía es vicesecretario general de los socialistas vascos.

Los días contados de ETA

RAMÓN JÁUREGUI ATONDO

ESTE tiene los días contados». Seguramente a Gregorio Ordóñez le aplicaron el cuento —la «cuenta»— muchas veces, como a tantos otros, como a cualquiera que tuviera a gala hacer uso de la dignidad de sus derechos políticos, cívicos o simplemente humanos. Es una expresión común de fatalismo, de dicharacho macabro de aldea o de patio de vecindad, la de «contar» los días de quien se piensa que no va a durar. En el entorno de ETA, en las terminales de sus «juzgados» de calle y sus «audiencias» de barrio, es la expresión definitiva de sentencia en proceso sumarísimo —sin papeles ni procedimientos— de estos dicharacheros de la muerte.

Pero el dicho, «la cuenta», ya nos lo han aplicado a todos: policías, guardias civiles, militares, eruzaintzas, guardias jurados, municipales, funcionarios, empresarios, sindicalistas, políticos de todos los colores, militantes o ex militantes de su propia organización, «españoles» o «vascos», «enemigos» o «traidores», jóvenes o mayores, hombres o mujeres, concernidos o despistados, famosos o desconocidos. Ya han conseguido el efecto pretendido. Ya hace tiempo que nos sentimos todos aludidos directamente por su rumor de muerte, por su chismosa amenaza, por su cuenta estúpida que mezcla la contabilidad divina de nuestra existencia humana con el cálculo obtuso e infantil de su cuento político inacabable. Y si no fuera por sus secuelas terribles y su decorado de sangre, por su suspense desquiciado e impre-

visible, ¿a quién le cabe la duda que hasta sus más impávidos e insensibles aficionados les hubieran dejado solos con su ficción de hojalata, con su cuento de soldaditos de plomo, por insufriblemente aburrido, por ininteligible y por imbécil? Haría mucho que su representación estaría tan vacía como vacía y absurda es su trama.

Ya estamos todos «contados», ya pueden descontarnos a todos, ya han logrado el reverso de lo que proclaman, ya estamos todos al otro lado de la línea, en el resto de su cuenta. Porque incluso los que piensan que son «de ellos», en realidad tampoco lo saben, tampoco pueden estar seguros. Ninguno de ellos está a salvo de su miedo, de sus dudas, de sus deudas, de su propia cuenta atrás, del resto negativo de una conciencia en la que sólo pueden aspirar a hacer el vacío. Todos ellos tienen —en un sentido, por supuesto, muy distinto, humano y moral— los días contados. Y así acabará su cuento, en el cero absoluto, que su final es ya sabido.

Porque, sobre todo, ETA tiene los días contados. Está en precario. Hoy no tiene dirección, ni líderes, ni verdadera organización, ni método ni planificación en sus acciones. Actúan sobre la marcha, con lo que tienen, con lo que se les pone por delante.

Aunque se empeñen en acumular sobre la sociedad vasca su signo negativo de muerte y de odio, ésta tiene hoy la convicción y la serenidad, la suma positiva de fuerza y cohesión para borrarlo, para reducirlo a cero. Ella sabrá equilibrar, reconciliar esa cuenta negativa con tiempo, con paciencia, con serenidad, con firmeza, y con la única eficacia posible de la democracia y el Estado de Derecho.

«He sentido el mismo dolor que si fuera uno de los nuestros», me decía un dirigente socialista en la tarde del lunes. «¡Es que era uno de los nuestros!», le dije con énfasis. Gregorio Ordóñez era un ciudadano comprometido con su ciudad, un demócrata, un dirigente político, un luchador por la paz, y en esta batalla Gregorio Ordóñez era igual que Enrique Casas, y que tantos otros. Porque han conseguido juntarnos a todos —del PP, del PNV, del PSOE, de EA o de IU— al otro lado de su línea, en el bloque de la tolerancia, de la convivencia democrática y de la paz, con un lazo mucho más fuerte y profundo que el que nunca podrá lograr su sectarismo de miedo y de ficción. Su cuento negro, mentiroso y estéril hace tiempo que es ya sólo una cuenta atrás. Todavía será larga, dura y difícil, pero la sociedad vasca ya la tiene descontada.

Ramón Jáuregui Atondo es secretario general de los socialistas vascos.

JOSÉ MARÍA BENEGAS.

Asesinado por la paz

EL asesinato del primer teniente de alcalde de San Sebastián y presidente del Partido Popular de Guipúzcoa, Gregorio Ordóñez, nos ha situado una vez más, sin esperarlo, como siempre sucede, ante la tragedia de una vida segada por la caprichosa voluntad de unos pocos, firmemente decididos a imponer a toda una sociedad la ideología del terror en la que viven instalados.

Es preciso, en primer lugar, con carácter previo a cualquier otra consideración, poner nuestra atención en que ETA ha fijado su objetivo, hoy en Gregorio Ordóñez, como hace más de una década en Enrique Casas, en un político que se había significado por dar la cara, por no dejarse amilanar ante las amenazas, denunciando con valentía la actividad criminal de la orga-

nización terrorista. No es difícil advertir la lógica mafiosa que preside la trayectoria etarra, por más que sus desvergonzados cómplices civiles pretendan todavía ampararla en supuestos móviles políticos.

En estos momentos de dolor, vividos intensamente por la inmensa mayoría del pueblo vasco, es imprescindible que los responsables políticos, más allá de nuestras legítimas diferencias, lancemos un mensaje de entereza a los ciudadanos, aportando el ejemplo de nuestra unidad como el mejor testimonio de la estrategia antiterrorista que compartimos, que tan interesantes avances nos ha permitido lograr y que es necesario mantener sin fisuras.

Hoy, con más fuerza que nunca, es imprescindible que llevemos a cabo un esfuerzo de lucidez sin permitir que la

indignación que todos sentimos pueda empañar en modo alguno el objetivo de debilitar y aislar socialmente a aquellos que tratan de imponer sus pretensiones a partir de las armas.

Todos los ciudadanos de bien estamos llamados a manifestar públicamente la repugnancia que nos produce la violencia de ETA, y los dirigentes políticos tenemos la obligación de no perdernos en controversias secundarias, que pueden confundir a la sociedad y seguir transitando por el camino en el que venimos trabajando, deslindando con nitidez el abismo que separa a aquellos que arriesgan sus vidas por la paz de quienes con sus actos, o con sus justificaciones, tratan de envilecerla.

La razón democrática, no debemos albergar dudas, acabará imponiéndose en Euskadi, porque la experiencia de

los últimos años es la de una sociedad que va ganando terreno a la intolerancia y al fanatismo de los violentos.

Sin embargo, del comportamiento de éstos y de quienes los amparan, no podemos esperar más que seguirán empeñados en golpearlos, en prolongar el sufrimiento de todo un pueblo que no se merece tanto dolor.

La esperanza debe seguir afirmándose como la señal de identidad sobre la que discurra el trayecto que todavía nos queda por recorrer, aproximándonos cada vez más al horizonte de paz, tolerancia y convivencia democrática por el que Gregorio Ordóñez y tantos hombres y mujeres han dejado sus vidas.

José María Benegas es secretario de Relaciones Políticas e Institucionales de la Comisión Ejecutiva Federal del PSOE.